

¿Por qué nos gustan las guapas?

Coedición de Pepitas de calabaza ed. & Fulgencio Pimentel

Pepitas de calabaza ed.

Apartado de correos n.º 40

26080 Logroño (La Rioja, Spain)

pepitas@pepitas.net

www.pepitas.net

Fulgencio Pimentel

Calvo Sotelo 9

26003 Logroño

www.fulgenciopimentel.com

© Herederos de Rafael Azcona

c/o Dos Passos Agencia Literaria

© De la edición, Pepitas de calabaza ed.

Edición de Víctor Sáenz-Díez, José Ignacio Foronda y Julián Lacalle

Prólogo: Bernardo Sánchez Salas

Diseño de cubiertas: César Sánchez y Daniel Tudelilla, inspirado en los diseños e ilustraciones de Vladímir Lébedev (1891-1967)

Ilustraciones de cubierta: Rafael Azcona

Viñeta de la colección (La Pepi): Edward Lear (1812-1888)

ISBN: 978-84-939772-5-2

Depósito legal: LR-330-2012

Primera edición, noviembre de 2012

¿POR QUÉ NOS GUSTAN LAS GUAPAS?

y otros textos (1952-1955)

Rafael Azcona

Con un prologuito de Bernardo Sánchez Salas

Antes de levantar el vuelo

NOTA A LA EDICIÓN

REUNIMOS EN TRES VOLÚMENES todas las colaboraciones que Rafael Azcona publicó en *La Codorniz*. ¿*Por qué nos gustan las guapas?*, que ahora, probo lector, tienes en tus manos, recoge los textos allí publicados desde 1952 a 1955. El segundo volumen, que llevará el título de ¿*Son de alguna utilidad los cuñados?*, contendrá los que vieron la luz entre 1956 y 1958. Y el último, *Repelencias*, dará cuenta de todos los dibujos, viñetas y *collages* que Azcona publicó en la revista madrileña de 1953 a 1956. ¿*Son de alguna utilidad los cuñados?* y *Repelencias* verán la luz durante 2013.

Hemos optado por un orden cronológico por ser el más justo. Así el curioso lector podrá moverse en el mismo sentido que el desarrollo creador de Azcona, y percibirá claramente la evolución —*in crescendo*, a nuestro juicio— de su trayectoria. Pero evidentemente el lector intrépido puede aventurarse por el libro sin orden ni concierto: siguiendo las singulares secciones en las que Azcona enmarcaba sus textos, saltando por temas, o dejándose llevar por la implacable lógica del azar o el capricho del gusto.

En estos tres volúmenes, el lector fiel encontrará solo las colaboraciones que Rafael Azcona firmó con su propio apellido o con seudónimos conocidos y contrastados: Prof. Azconovan, Arrea, Agencia Azcona, Az. y Repelente. Se han quedado fuera aquellas que bien firmó con otros seudónimos, o bien dejó sin signar, así

como sus trabajos como redactor; tras sentir el dolor propio de una amputación, hemos preferido dejar de lado algunas colaboraciones de las que teníamos dudas de su autoría —dudas que por otro lado nadie nos podía solucionar— a meter la pata atribuyéndole textos que no eran suyos. En muchos casos los temas tratados, las obsesiones, los personajes y el tono de la revista y de la época nos marcaban la presa, pero preferimos dejar alguna codorniz volando a tener que tragarnos más tarde los perdigones. Si cuando concluíamos la edición de estos tres volúmenes tenemos ganas —ustedes y nosotros— reuniremos, antes de que se pierdan, en un volumen de etcéteras, todos los textos desperdigados de nuestro querido autor.

La edición de las codornices de Azcona ha sido un trabajo enjundioso y gratificante. Y ello porque hemos buscado ofrecer para disfrute y solaz de los lectores exigentes un texto claro, conforme con las normas actuales y editado de una manera homogénea. Nunca ha estado en nuestra mente dar al lector plácido una edición crítica ni facsimilar. Por esa razón hemos corregido todo aquello que en el texto nos ha parecido, sin ninguna sombra de duda, un error o una errata. En los raros casos que no hemos dado con el sentido de la expresión, hemos optado por mantener lo publicado. Como verá el venturoso lector, no anotamos a pie de página ni cuando corregimos ni cuando no. Que el lector académico nos perdone.

Toda escritura refleja un momento de la vida del idioma. Lo mismo que toda publicación. Las codornices que lanzó al vuelo Azcona no son una excepción. Llamen hoy la atención las comillas en palabras como «Metro» o «moto» o «taxi». La razón es que Azcona, uno de los escritores con mejor oído de nuestra literatura y nuestro cine, sentía como voces populares esos truncamientos por apócope de los términos «Metropolitano», «motocicleta», «taxíme-

tro», que ya nadie dice, y que dentro de tres o cuatro generaciones solo los lectores eternos podrán recordar. En 1953 Azcona se suma a quienes dan cabida en la escritura al habla de la gente. De ahí las comillas. Ahora, sin embargo, cuando todo significa, esos signos serían moscas para el lector distraído.

Quizá el lector perspicaz juzgue apresurada la redacción de algún artículo aquí recogido; acháquelo al modo apremiante de edición de la revista y a que nunca fueron pensados para saltar a las páginas de un libro. Es oportuno señalar que Azcona corrigió, cuando no reescribió, la mayoría de los libros que publicados originalmente durante los años cincuenta o sesenta volvieron a ver la luz la última década del siglo xx y la primera del XXI.

El lector avisado, por su parte, verá que este volumen recoge textos de muy distinto género (poesía, drama, narración, crónica, enciclopedismo, historia y otros etcéteras), textos que encontraron una disposición variopinta en las páginas del hebdomanario. Hemos perseguido que todos ellos se encuentren cómodos en estas páginas.

El tiempo —que no pasa en balde y mucho menos para los soportes— o algo tan poco previsible como la descomposición de la pasta de papel han marcado que la calidad de la reproducción de las imágenes sea desigual, aunque nunca deficiente. Ni que decir tiene que no se guardan originales previos a la reproducción mecánica de las obras: las mudanzas —esas crueles aniquiladoras— y la ausencia de narcisismo creador hicieron el resto. De todas maneras, hemos contrastado cuantos ejemplares distintos del mismo número hemos tenido a mano y hemos reproducido —con el escrúpulo de un notario— los mejores originales para ofrecer al lector riguroso la imagen mejor conservada.

Para que nos marcara el vuelo y guiase al lector desorientado le pedimos a Bernardo Sánchez —una de las personas que mejor

conoce la obra de Azcona— que nos hiciera un prologuito. Los lectores solícitos están de enhorabuena: Sánchez Salas ha escrito un minucioso estudio introductorio que recompone maravillosamente los años de *La Codorniz* y lo que supusieron para Rafael.

Seguramente nunca nos hubiéramos puesto manos a esta obra si Bernardo no nos hubiera empujado disimuladamente a hacerlo. Ni si Susan Youdelman Azcona no se hubiera mostrado entusiasmada de inmediato con el proyecto. Vaya por delante nuestro perpetuo reconocimiento y nuestra simpatía para cada día. Un reconocimiento que extendemos a Carmen Azcona, que nos facilitó mucha información que hasta ahora no guardan los libros.

Singular agradecimiento merece la colaboración en este trabajo de Juan Manuel González Zapatero, José María Lánder, David Sanmartín, Miguel Ropero, José Luis García Sánchez, Gloria Sainz y Ana Aldazábal. No vamos a olvidarnos tampoco de Santiago Aguilar o de los libreros de viejo que nos localizaron muchos originales (y aquí incluimos a Ivo y Nadia de El Velo de Isis). Ni tampoco de Manuel de las Rivas y Alfonso Martínez Galilea —almas sensibles del grupo Calle Mayor—, cuya iniciativa de editar a Rafael, en su pueblo, en los años ochenta, y en publicaciones varias, fue decisiva para el cultivo de su obra y de la amistad.

Y para terminar no ignoraremos a todos aquellos —impresores, libreros, distribuidores, periodistas, escritores, traductores, transportistas, agentes, correctores— que hacen posible que esta editorial sea una realidad todos los días del año. Ni a ti, lector real, que delante de estas páginas das sentido a todo nuestro trabajo.

En «Mi vidorra como escritor» refiriéndose a sus colaboraciones en *La Codorniz* Rafael Azcona escribía lo siguiente: «Me encuentro estupendamente haciendo estas cosas: tirarle de la barba a la severidad, a la tristeza, a la melancolía y a la estupidez, es una delicia». Nosotros también nos hemos encontrado estupendamen-

te mientras realizábamos la edición de este libro y de los dos que le seguirán. Ahora solo falta que a ti, lector inteligente, te ocurra lo mismo.

Así que siéntate y lee: levanta el vuelo.

Los editores

LGÑ, 21 de septiembre de 2012,
cincuenta años después de la aparición
de la primera colaboración
de Rafael Azcona en *La Codorniz*.



RAFAEL AZCONA. PHOTO M. GARROTE. MADRID.

¿Por qué
nos gustan
las guapas?

1952

Reunión de vejetes

—PUES DONDE ESTÉ EL café con carluncias, que se quite todo —afirmó con seriedad el señor que había viajado mucho.

Todos nos quedamos sorprendidos, pues nunca habíamos oído hablar de las carluncias aquellas, pero ninguno nos atrevimos a confesar nuestra ignorancia. D. Fausto continuó:

—Recuerdo que una vez, en un pueblo que hay a la derecha de Ávila, según se sale, me dieron un café con unas carluncias estupidas. La pobre Adela se tomó cuatro: le gustaban tanto como a mí...

Una lágrima rodó por las mejillas del señor que había viajado mucho al pensar en la pobre Adela. Todos esperábamos que siguiera hablando.

—Las carluncias son muy alimenticias; un amigo mío estuvo viviendo muchos años a base de café y carluncias... Al contrario que yo, las prefería pindejas... No sé cómo no le gustaban más las perfilenas, que resultaban más nutritivas.

El señor que le daba la razón a todo el mundo, dijo entonces:

—Es que en esto de gustos... Claro que donde estén las carluncias perfilenas ya se pueden quitar las... las otras...

—Naturalmente —afirmé yo.

El señor que había viajado mucho se dirigió a mí entonces:

—¿Usted las toma pindejas?

—Siempre; me parecen más apetitosas.

—¿Con un poco de ferderole? —me apretó.

—Pues... no siempre. Otras veces les pongo filerina muy tostada.

—Resulta muy agria, ¿no? —se atrevió a decir el señor tímido que nunca decía esta boca es mía.

—Tiene usted razón: la... la filerina esa estropea el estómago —asintió el señor que había viajado mucho. El señor tímido, muy contento, dijo entonces:

—Esta boca es mía.

Y como hacía un poco de fresquete, nos fuimos cada uno a nuestra casa pensando en qué podían ser aquellas condenadas carluncias.

AZCONA

N.º 566, 21-9-1952

La flauta

MIRÉ TRISTEMENTE EL LEGADO de mi difunto tío. Casi estaba a punto de llorar viendo mi herencia: un traje interior de lana, un cinturón formado con moneditas de cincuenta céntimos, y una flauta. Oí la voz del notario Martínez a mi lado:

—¡Valor, joven, valor...!

No le contesté; estaba pensando en la extraña relación que entre sí guardaban los efectos que pertenecieran a mi tío: agujeros en la flauta, agujeros en las moneditas y agujeros en el traje interior. También pensé alguna otra cosa...

—Todo es suyo; puede usted recogerlo y hacer de estos objetos un símbolo en que venerar la memoria de su buen tío... —dijo el notario, mientras ponía cariñosamente una de sus manos sobre mi hombro. Le dije que sí, con la cabeza y cuando envolvía en el traje interior el cinturón y la flauta, se me ocurrió preguntarle:

—¿Usted no conoce a nadie que quiera comprar una flauta?

Creí que el notario Martínez se desvanecía; empalideció y puso los ojos en blanco, para caer sobre su severo sillón anonadado por mi ingenua interrogación

—¡Sobrino desnaturalizado! —me espetó.

Pensé por un momento si aquel pobre Martínez se había vuelto loco. Fui a pedirle aclaraciones, pero él continuó iracundo:

—¡Es usted un sinvergüenza...! ¡Ni al más bárbaro de los bárbaros se le hubiera ocurrido una cosa así...! ¡Vender la flauta; pig-norar a la dulce compañera de su pariente; mercantilar la...!

Pude hacerle callar tapándole la boca y, sin soltarle, intenté razonarle mi razonable deseo:

—Señor notario Martínez: yo no sé tocar la flauta ni tengo ningún interés en aprender a tocarla. Mi tío me la ha legado y puedo hacer con ella lo que me plazca. Por otra parte, yo...

Se me escapó de entre los brazos y refugiándose tras de su mesa, me gritó:

—¿Y las venerandas tradiciones? ¿Y el culto a nuestros antepasados? Canalla, canalla, canalla.

—Si lo que le preocupa a usted son estas cosas, debe reconocer que usando el traje interior de lana también cumplo con mi papel de sobrino amante de esas zarandajas. Además...

El notario se parapetó tras de un armario. Desde allí siguió insultándome frenético.

Con una pequeña maniobra envolvente, conseguí sujetarlo por el faldón de su chaqueta. Iba a continuar mis sosegados razonamientos sentado sobre su cabeza, pero la flauta me dio una idea. La empuñé como si fuera un estilete florentino y sepultándola en la garganta del imbécil Martínez le grité:

—¡Calla, notario!

Y Martínez se calló. Entonces, tapando todos los orificios de la flauta soplé en su embocadura con todas mis fuerzas, hasta que el notario tomó el grotesco aspecto de un globo. Abrí la ventana y el antipático aerostato ascendió hacia las nubes interpretando una alegre tonadilla.

AZCONA
N.º 567, 28-9-1952

Longevo

NOVENTA Y SEIS AÑOS tenía mi provector abuelo cuando se sintió enfermo por primera vez en su vida. Llegó a casa pálido y demu-

dado y, en vez de dedicarse a hacer las cabriolas y contorsiones de costumbre, cayó derrumbado sobre un sillón para apremiarnos con un hilillo de voz:

—¡Pronto, pronto...! Llamad a un médico... ¡Estoy muy mal...! He tenido que descansar en el rellano del séptimo piso... ¡Ni siquiera he podido subir las escaleras de dos en dos!

El doctor que avisamos (una verdadera eminencia) se mostró muy pesimista después del reconocimiento. Moviendo agoraramente la cabeza, nos dijo:

—Esto está francamente mal... Se muere sin remedio...

Fue inútil que mi abuelo intentara convencer al médico de su error. El galeno, después de presenciar asombrado cómo mi abuelo leía de un tirón las obras completas de don Marcelino Menéndez Pelayo, agotada prueba a la que sucumben los más salutíferos organismos humanos, insistió en su pesimista diagnóstico.

—Estoy perplejo y estupefacto. Pero toda esa vitalidad, a mí ¡plin! He dicho que usted se muere y tiene que morir. Sus enfermedades...

Porque mi abuelo tenía dos y antagónicas. Al parecer, una de ellas afectaba a las vías respiratorias y contra ella podíamos haber combatido trasladando al enfermo a un clima de altura, pero la otra tenía algo que ver con el corazón y este no hubiera soportado la montaña. Total, que el anciano estaba obligado a dejar este mundo.

Durante diez años, mi abuelo discurrió día y noche en busca de una solución para su problema. Una meningitis, producida seguramente por los excesos a que sometió su cerebro, estuvo a punto de solucionar el dilema. De esta enfermedad quedó el enfermo medio idiota, pero su media masa encefálica no imbécil, dio al fin con el quid de la cuestión. Mi abuelo había inventado el clima compensado: al menos así lo llamaba él.

A los ciento seis años comenzó el viejo a gozar de los beneficios de su descubrimiento.

Consistía este en una cuerda que pasaba por una ruedecita fija en la veleta de la torre del pueblo. En un extremo de la maroma estaba mi abuelo, cómodamente instalado en una hamaca; en el otro, yo, actuando de motor. Tirando o soltando la cuerda de hora en hora, viví durante doce años. Me alimentaban muy bien y el ejercicio desarrolló mis músculos enormemente. Casi era feliz... Aprendí a cantar hermosas y tristes canciones a la manera de los remeros del Volga, y también a liar cigarrillos con una sola mano.

Fue entonces cuando las mujeres comenzaron a enamorarse de mí; no sé si las atraía mi musculatura, mi voz o mi habilidad, pero la verdad es que yo tenía gran éxito con las chicas. Como tenía que suceder, un día me tocó a mí enamorarme...

Se llamaba Florentina y era rubia y delicada. Al principio todo fue bien; jugábamos a enlazar sus manos con la mía libre y comíamos bastantes patatas fritas; planeábamos nuestra boda y soñábamos con nuestros hijos... Toda aquella felicidad se acabó el día en que Florentina quiso que la llevara al cine. Yo no podía soltar la cuerda... Tuvimos una escena terrible que terminó con la espantada de Florentina:

—Pues si no me llevas al cine, no quiero saber nada de ti. Bien claro está que no me quieres... Además, ¡para estar toda la vida dándole cuerda a tu abuelo...!

Aquello me hizo caer en la más negra de las melancolías... Durante mucho tiempo rumié mi desesperación... Fui encaneciendo y olvidé las hermosas canciones de otros tiempos...

Y una tarde de otoño, ciego de ira y de furor al ver a Florentina del brazo del registrador de la propiedad, sin saber lo que hacía, sin tener en cuenta el respeto que debemos a las canas, olvi-

dando la veneración que estamos obligados a sentir por nuestros mayores... solté la maroma.

Ciento treinta y cinco años contaba mi abuelo al morir.

Si le hubiera hecho caso al doctor, se hubiese ahorrado el batacazo.

AZCONA

N.º 568, 5-10-1952

El inspector de tontos

—¡SOY EL INSPECTOR DE tontos del pueblo! —gritó el severo señor que llegó a la alcaldía.

—¿Viene usted de inspección? —le preguntó el alcalde.

—¡Naturalmente! ¡Vamos, vamos, el tonto en seguida, que tengo que recorrer muchos pueblos...!

El alcalde se metió los dedos en la boca y silbó como una locomotora. Un tambor comenzó a redoblar lejano, para ir acercándose con rapidez, y entrar delante del hombre que lo aporreaba.

—¿Qué manda el señor alcalde? —preguntó el alguacil sin cesar de tocar el tambor.

—Dile al Marmerto que está aquí el inspector...

Mientras el alguacil se retiraba a tambor batiente, el inspector, rechinando los dientes, dijo:

—Como el tonto no sea de buena calidad, voy a tener que levantar un acta. ¡Ya se lo aviso...!

—No se preocupe usted: el Marmerto es un tonto de primera. Ya hacía muchos años que el pueblo no tenía un tonto tan bueno. Los veraneantes están encantados con él...

El tambor se acercaba, y pronto entró el alguacil precediendo a un tipo con bastante cara de imbécil. El inspector, consultando su libreta de apuntes, ordenó:

—¡Que haga alguna tontería!

Entonces, el tonto escupió sobre el alguacil, que seguía tocando el tambor.

—¡Más, más...!

El Mamerto cazó una mosca.

—¡Más, más...!

—¡Anda, Mamerto —intervino el alcalde—, dile a ese señor eso que sabes.

El tonto, muy contento, canturreó:

—A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar.
Todos viven trabajando,
yo vivo sin trabajar.

—¿No se lo dije yo? —exclamó el alcalde entusiasmado.

El inspector, mordiéndose el bigote, se fue con el alcalde a merendar jamón a la bodega.

Hasta que este volvió a las seis horas, el alguacil siguió tocando el tambor y el Mamerto continuó con sus tonterías.

—Ya podéis parar —les dijo el alcalde—. El inspector ya se fue...

Calló el tambor, Mamerto dejó sus tonterías y el alcalde les dio un cigarro a cada uno.

AZCONA
N.º 571, 26-10-1952

El nuevo pobre

SE LE NOTABA MUCHO, a pesar de sus esfuerzos por disimularlo; era un nuevo pobre ridículo, recién llegado de la clase media. Hacía demasiado ostentación de su indigencia: sus andrajos y su mugrienta catadura eran muy exagerados, y la voz con que pedía por caridad un centimito resultaba lastimosa con exceso. Me fastidiaba un poco acostarme bajo el puente con un tipo así, pero por una noche...

Se puede ser pobre y tener un poco de educación; por esto le dije:

—¿Me permite ocupar esta piedra?

El tonto de él me miró por encima del hombro; no podía adivinar tras de mis harapos bien cuidados al pedigüeño que yo soy, con una limpia ascendencia de mendicantes profesionales hasta la séptima generación, mendigo por la fuerza de la sangre y vago por convicción. Le oí refunfuñar:

—¡Qué asco...! Siempre está uno a merced de cualquier advenedizo.

No quise hacerle caso, ¿para qué? Soy demasiado orgulloso como para entablar una discusión con un recién llegado. Me limité a dar una buena patada a cada una de sus espinillas y me tendí a su lado.

Ya me había yo olvidado del incidente fumando la última colilla de aquel día, cuando lo vi ante mí, en pie e inclinado servilmente. Algún compañero se había encargado de explicarle la categoría de mi indigencia, y el pobre hombre se apresuraba a presentarme sus excusas:

—¡Perdóneme, ignoraba... Es que hay tanta confusión en las clases, que creí... Ha sido sin querer y si en algo le he molestado... Estoy dispuesto a...!

¡Pobre diablo! Hasta en esto se le veía la oreja; un verdadero pobre, consciente de su categoría, se hubiera disculpado de bien distinta manera... Le dejé que hablara hasta que comenzó a respirar entrecortadamente y luego le di cinco céntimos.

Me marché al otro extremo del puente; el tipo olía demasiado a miseria para que de verdad fuera un mísero... Y es que hay que nacer.

AZCONA

N.º 572, 2-II-1952

La minucia

ESTABA TODO TAN BIEN preparado que no podía fallar. Pero apareció la minucia y todo se fue al traste.

Era una minucia de nada, pequeñita, insignificante. Estaba allí, olvidada por quién sabe quién, expuesta a los rigores de todas las estaciones, dormida en su miserable y diminuta extensión. La hubiéramos podido apartar con un soplo cientos de veces, pero nunca la vimos. ¡Era tan diminuta...!

Y, sin embargo, ya ven. La minucia lo estropeó todo... Cada vez lo siento más. Es como si el recuerdo agrandara aquella microscópica nadería. Un asunto como aquel, dispuesto cuidadosamente en todos sus detalles, repasado una y mil veces, con todos los cabos atados con doble nudo, frustrado por una tontería.

Pero, ¡qué le vamos a hacer! La vida es así y con ella ocurre como con el café cuando no le ponemos azúcar: que no sirve darle vueltas. Algunas noches sueño con la minucia aquella. La veo primero del tamaño de un microbio (ya saben ustedes qué cosas tan extraordinarias se ven cuando se sueña) y luego va creciendo, creciendo, creciendo... Llega un momento en que la minucia es tan grande, que ya no la veo: se ha convertido en algo como el cielo de un día despejado.

Creo que si yo me pudiera arrancar el recuerdo de la endemoniada minucia, podría ser feliz. Pero ella me enturbia la vida. Voy por el mundo pendiente de las minucias, apartándolas a puntapiés, con cuidado de no golpearme la cabeza con una de ellas, pendiente de que no se cuelen bajo mis párpados. Y esto es terrible, porque no pueden ustedes figurarse la cantidad de minucias que hay por ahí. ¡Si yo les contara...!